

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El cuento de la Sra. Tiggy-Winkle

Érase una vez una niñita llamada Lucía, que vivía en una granja llamada Pequeñavilla. Era una buena niñita, ¡pero siempre perdía sus pañuelos de bolsillo!

Un día, la pequeña Lucía entró llorando al corral de la granja, ¡oh, cómo lloraba! "¡He perdido mi pañuelo! ¡Tres pañuelos y un delantal! ¿Los has visto, Gatita Tabby?"

La Gatita siguió lavando sus patitas blancas; así que Lucía preguntó a una gallina:

"¿Sally Gallinita, has encontrado tres pañuelos de bolsillo?"

Pero la gallina pintada corrió hacia el granero, cacareando:

"¡Voy descalza, descalza, descalza!"

Y luego, Lucía le preguntó al Piquituerto que estaba sentado en una rama.

El Piquituerto miró de reojo a Lucía



con su brillante ojo negro, y voló sobre una verja y se fue.

Lucía subió al estribo y miró hacia la colina detrás de Pequeñavilla, ¡una colina que sube, sube, hasta las nubes como si no tuviera cima! Y a mitad de la colina, pensó ver algunas cosas blancas extendidas sobre el pasto.



Lucía trepó la colina tan rápido como sus robustas piernas le permitían; corrió por un empinado sendero, subiendo y subiendo, hasta que Pequeñavilla quedó muy abajo, ¡podría haber dejado caer una piedrecita por la chimenea!



De repente, llegó a un manantial que brotaba de la ladera de la colina. Alguien había puesto una lata de hojalata sobre una piedra para recoger el agua, ¡pero el agua ya estaba desbordando porque la lata no era más grande que una taza de huevo! Y donde la arena del sendero estaba mojada, había huellas de una personita muy pequeña.

Lucía siguió corriendo, y corriendo.



El sendero terminó bajo una gran roca. El pasto era corto y verde, y había perchas hechas de tallos de helecho, con cuerdas de juncos trenzados y un montón de pequeñas pinzas para la ropa, ¡pero no había pañuelos de bolsillo!



Pero había algo más, ¡una puerta! directamente en la colina; y adentro alguien estaba cantando...

"¡Blanca como el lirio y limpia, oh!
Con pequeños volantes entre, oh!
Suave y caliente, sin manchas rojas
Nunca se ven aquí, oh!"



Lucía tocó la puerta una vez, dos veces e interrumpió la canción.

Una voz asustada preguntó:

"¿Quién es?"

Lucía abrió la puerta y ¿qué crees que había dentro de la colina? Una bonita cocina limpia con un suelo de baldosas y vigas de madera, como cualquier otra cocina de granja. Solo que el techo era tan bajo que la cabeza de Lucía casi lo rozaba, y las ollas y sartenes eran pequeñas, al igual que todo lo demás allí.



Había un agradable olor caliente

y ahumado, y en la mesa, con una plancha en la mano, había una persona muy rechoncha y baja mirando ansiosamente a Lucía. Su vestido estampado estaba recogido, y llevaba un delantal grande sobre su enagua a rayas. Su pequeña nariz negra hacía ¡sniffle, sniffle, snuffle!, y sus ojos brillaban, brillaban; y debajo de su gorro, donde Lucía tenía rizos amarillos, ¡esa personita tenía ESPINAS!



"¿Quién eres?" dijo Lucía.

"¿Has visto mis pañuelos de bolsillo?"

La personita hizo una reverencia: "Oh, sí, si le place, mi nombre es Sra. Tiggy-Winkle; ¡oh, sí, si le place, soy una excelente planchadora de almidón!" Y sacó algo de una cesta de ropa y lo extendió sobre la manta de planchar.



"¿Qué es eso?" dijo Lucía. "¡Eso no es mi pañuelo de bolsillo!"

"Oh, no, si le place; eso es un pequeño chaleco escarlata que pertenece al Piquituerto", dijo la Sra. Tiggy-Winkle. Y lo planchó, lo dobló y lo apartó a



un lado.

Luego tomó algo más del tendedero de ropa:

"Eso no es mi delantal", dijo Lucía.

"Oh, no, si le place; eso es un mantel de damasco que pertenece a Jenny Wren; ¡mira cómo está manchado de vino de grosella! ¡Es muy difícil de lavar!" dijo la Sra. Tiggy-Winkle.



La nariz de la Sra. Tiggy-Winkle hacía ¡sniffle, sniffle, snuffle! y sus ojos brillaban, brillaban; y sacó otra plancha caliente del fuego.



"¡Aquí está uno de mis pañuelos de bolsillo!", exclamó Lucía. "¡Y aquí está mi delantal!"

La Sra. Tiggy-Winkle lo planchó, le dio forma y sacudió los volantes.

"Oh, esto es precioso", dijo Lucía.

"¿Y qué son esas largas cosas amarillas con dedos como guantes?"

"Oh, eso es un par de medias que pertenecen a Gallinita Sally; ¡mira cómo ha gastado los talones rascando en el patio! ¡Muy pronto estará descalza!"



dijo la Sra. Tiggy-Winkle.

"¡Vaya, otro pañuelo, pero no es mío; es rojo?"

"Oh, no, si le place; ese le pertenece a la vieja Señora Coneja; ¡y olía tanto a cebolla! He tenido que lavarlo por separado, no puedo quitarle el olor."

"Aquí hay otro mío", dijo Lucía.

"¿Qué son esas cositas blancas tan graciosas?"

"Es un par de manoplas que pertenecen a Gatita Tabby; solo tengo que plancharlas; ella misma las lava."

"¡Aquí está mi último pañuelo de bolsillo!", exclamó Lucía.

"¿Y qué estás sumergiendo en el recipiente de almidón?"

"Son pequeños delantales de camisa que pertenecen a Tom Carbonero, ¡muy meticuloso!", dijo la Sra. Tiggy-Winkle. "Ahora que he terminado de planchar, voy a ventilar algunas prendas."

"¿Qué son estas cositas esponjosas



tan suaves?", preguntó Lucía.

"Oh, esas son abrigos de lana que pertenecen a los corderitos de Skelghyl."

"¿Se les puede quitar la chaqueta?", preguntó Lucía.

"Oh, sí, si le place; mira la marca de oveja en el hombro. Y aquí hay uno marcado para Gatesgarth y tres que vienen de Pequeñavilla. ¡Siempre se marcan al lavar!" dijo la Sra. Tiggy-Winkle.



Y colgó todo tipo de prendas de diferentes tamaños y formas: pequeños abrigos marrones de ratones; y un chaleco de terciopelo negro aterciopelado; y una levita roja sin cola que pertenecía a Nutkin, la ardilla; y una chaqueta azul muy encogida que pertenecía a Peter Conejo; y una enagua, sin marca, que se había perdido en el lavado, ¡y finalmente la cesta quedó vacía!



Entonces, la Sra. Tiggy-Winkle preparó té: una taza para ella y otra para Lucía. Se sentaron frente al fuego en un banco y se miraron de reojo. La mano de la Sra. Tiggy-Winkle, sosteniendo la



taza de té, estaba muy, muy morena y arrugada por la espuma del jabón; y por todo su vestido y su gorro, sobresalían horquillas de pelo del revés; así que a Lucía no le gustaba sentarse muy cerca de ella.



Después de terminar el té, ataron las prendas en paquetes; y los pañuelos de bolsillo de Lucía fueron doblados dentro de su delantal limpio y sujetado con un imperdible plateado. Luego avivaron el fuego con turba, salieron y cerraron la puerta, escondiendo la llave debajo del umbral.

¡Y entonces, Lucía y la Sra. Tiggy-Winkle trotaron cuesta abajo con los paquetes de ropa! En todo el camino por el sendero, pequeños animales salían de los helechos para encontrarse con ellos; ¡los primeros que encontraron fueron Peter Conejo y Benjamín Conejo!



Y la Sra. Tiggy-Winkle les entregó sus bonitas prendas limpias; y todos los animalitos y pájaros estaban muy agradecidos con la querida Sra. Tiggy-Winkle.

Así que, al llegar al pie de la colina, cuando llegaron al estil, no quedaba nada más que llevar excepto el pequeño paquete de Lucía.



Lucía subió al estil con el paquete en la mano; y luego se volvió para decir "Buenas noches" y dar las gracias a la lavandera. ¡Pero qué cosa tan extraña! ¡La Sra. Tiggy-Winkle no había esperado ni los agradecimientos ni la cuenta de la colada!

¡Estaba corriendo, corriendo, corriendo cuesta arriba! ¿Y dónde estaba su gorro de encaje blanco? ¿Y su chal? ¿Y su vestido y su enagua?



¡Y qué pequeña se había vuelto, y qué morena, y llena de ESPINAS! ¡Dios mío! ¡La Sra. Tiggy-Winkle no era otra cosa que un ERIZO!